



# EL MAESTRO ESPIRITUAL

*Por Norma Novoa*

**S**egún los Padres Filocálicos, al lado de la Palabra de Dios, en una fidelidad que se refuerza y se renueva día a día, está la figura del Padre o Maestro espiritual. Su única regla, es Amar a Dios por sobre todas las cosas, y es este, su amor el que anima todo. Su función es la de discernir atentamente como cada uno de sus discípulos debe poner ese amor en práctica de manera concreta. Él es la regla viviente, que se adapta a cada vocación y que recorre con cada uno de sus hijos el camino hacia Dios. El Maestro vive en la libertad del Espíritu, porque “allí donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2 Co 3,17). Refiriéndose a esa libertad que sólo poseen los enamorados de Dios. El Maestro vive en Dios a fin de que el Espíritu Divino pueda trabajar a través de él. Ya que no es el Maestro quien introduce a sus hijos en la intimidad de Dios, sino es el Espíritu Divino que mora en su interior quien lo hace.

Esta es la conducta espiritual y la obra sagrada de los Maestros, fuera de toda ilusión, de toda alteración. Por eso los Padres Filocálicos la honran con numerosos nombres. Le han

llamado “vía del conocimiento”, “acción digna de alabanza”, “trabajo espiritual para la obra del siglo futuro” La Filocalia, llama a los Maestros “Padres Espirituales”, así como nosotros a nuestra Maestra la llamamos Madre, porque ellos “son la oración más alta que toda oración, sobriedad del espíritu, paraíso de los milagros de Dios”. Ya que, han alcanzado este estadio del conocimiento espiritual; conocimiento que no se trata de una elaboración de la razón, sino de una disposición del espíritu a recibir lo que Dios quiera comunicarle, gracias a la transparencia y humildad de su corazón.

Según Diadoco de Fótice, existe un conocimiento divino que apunta a la vía mística y, por otra parte, existe una sabiduría divina que se remite más a los medios ascéticos disponibles o accesibles al hombre. En cualquier caso, ambos son dones recibidos directamente de Dios, si bien se trata de dos carismas diferentes: el conocimiento participa del poder Inefable escondido de Dios, mientras que la sabiduría participa de la revelación de Dios, de aquello que Dios quiere comunicar a los hombres para que avancen en su senda espiritual. En este sentido, quien recibe el don del conocimiento no recibe necesariamente la capacidad para poder comunicarlo, mientras que quien recibe el don de la sabiduría tiene la bendición de transmitir a sus hermanos las enseñanzas que él, u otro, ha recibido en el silencio de la oración. El conocimiento es la gracia del santo, quien

vive totalmente sumergido en Dios y no necesita ni quiere nada más; mientras que la sabiduría es el don del Maestro Espiritual. Una sabiduría sustentada por el discernimiento y la luminosidad recibidos durante su oración y su trabajo ascético. De este modo, las palabras del Maestro Espiritual tienen el sello del Espíritu, de la Gracia Divina y de la perseverancia en su amor a Dios. Expresa Diadoco:

“El conocimiento suele iluminar a través de la energía divina, mientras que la sabiduría lo hace a través de la palabra. El conocimiento se adquiere con la oración y con mucha hesiquía, la paz inefable del corazón, gracias a un desprendimiento radical. En cambio, la sabiduría se adquiere a través de la humilde meditación de las palabras del Espíritu y, sobre todo, por la gracia que Dios otorga”.

En verdad, los únicos hombres capaces de enseñar y aconsejar a otros son los que han sido probados y han permanecido fieles en su amor a Dios Nuestro Señor, tal como enuncia Diadoco:

“Hay que adquirir un hábito en la virtud que sea proporcional a la grandeza de la tarea. Porque, ¿cómo podría un Padre ayudar a los que son atacados por las pasiones, si él mismo no sabe nada sobre ellas? ¿Cómo podría curar las heridas de las pasiones que los otros han recibido, si él mismo yace herido y es prisionero de sus lazos? Por el contrario, el que observa los



Mandamientos Divinos se convierte en luz del mundo y en sal de la tierra... y, por sus solas palabras, es capaz de reanimar a los que estaban muertos por las pasiones y los rescata del abismo de la desesperación”

El Padre o Maestro Espiritual, se confía al Señor, se entrega humildemente a Él, pues a través de su acción hecha de plegarias se desprende de todo cuanto obstaculiza su comunicación con Dios, se esfuerza por dejarle un espacio en su interior. Y entonces el Señor, encontrando el lugar, entra y permanece en él. Y, permaneciendo en él, guarda su corazón y le empieza a iluminar. El que es iluminado de este modo conoce y, conociendo, es a su vez conocido. Ante esta suma de luz que viene de Dios, el Maestro se sumerge en la humildad, y esa humildad tan honda es un don sobrenatural. Dice Gregorio del Sinaí:

“La humildad no habla de sí misma, ni se hace a sí misma. El que es humilde, no es humilde porque se esfuerce en despreciarse a sí mismo, sino que la humildad es, ante todo, una gracia y un don de lo alto” Y añade: “La suprema humildad, dada por Dios, es la potencia divina que actúa en todo y que lo crea todo. Gracias a ella, uno se ve constantemente como el instrumento de Dios que cumple sus maravillas”.

Mediante su trabajo y su humildad, las palabras de nuestra Maestra Espiritual, abren caminos a contemplaciones infinitas para que seamos iluminados en el amor de Dios y de este mo-

do, podamos conocer Su Grandeza, Su Sabiduría Inefable y la Providencia con que Él protege a todas sus criaturas.

Gracias Madre por acercarnos a Dios Nuestro Señor. Gracias Señor por habernos acercado a Nuestra Madre Espiritual, paraíso de los milagros de Dios.

*Por la Prof. Norma Novoa  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---